

SALA IV. ANTIGUO ORIENTE

José Miguel Serrano Delgado

Lo que actualmente entendemos por civilización Occidental se sustenta en dos pilares fundamentales. Por un lado está la cultura Grecorromana, materializada en una tradición Clásica de la que somos deudores en múltiples aspectos. Y por otra parte se encuentra la herencia Bíblica, sobre la que se ha desarrollado la ideología religiosa propia de Occidente. Pero ambas, tradición Clásica y Judeocristiana, son a su vez hijas en buena medida de las civilizaciones del Antiguo Oriente, que las precedieron en el tiempo. Y tanto la una como la otra fueron conscientes de este nexo o linaje y lo pusieron de manifiesto de forma clara y elocuente.

Los griegos creyeron firmemente que muchos de los elementos básicos de su historia, su religión y cultura procedían directa o indirectamente de Oriente¹. La dialéctica de oposición y enfrentamiento entre Occidente y Oriente, formulada primeramente por Homero en el ciclo Troyano, y aparentemente materializada en tiempo histórico real en las Guerras Médicas, no impidió a los griegos reconocer su deuda, por ejemplo, de la sabiduría de los Caldeos o de la inventiva e innovaciones de pueblos como los cananeos o fenicios². Pero el énfasis fundamental lo sitúan en Egipto. Para el mundo Heleno, el país del Nilo es un contenedor de maravillas y curiosidades naturales, además de paradigma de fecundidad de la tierra. Pero sobre todo será considerado como la madre de toda civilización superior, el lugar originario de la sabiduría y el conocimiento, la cuna de los dioses, el solar nutricio de la medicina, la ciencia y la filosofía³. La biografía de muchos personajes estelares del arte, la cultura y la política de las épocas Arcaica y Clásica griegas incluye necesariamente el viaje - iniciático casi - y estancia en tierra egipcia⁴. Y cuando Grecia integra los territorios de Oriente en el proyecto de estado universal que encarna la figura de Alejandro Magno, la posición privilegiada de Egipto queda manifiestamente resaltada por la larga estancia del conquistador macedonio en el país del Nilo, su entronización como faraón, y sobre todo por la visita trascendental de Alejandro al oasis de Siwa, al templo oracular del dios Amón, de donde regresa con una concepción sagrada y divina de su persona y de la realeza universal que pretende encarnar⁵. A la muerte de Alejandro, el Egipto de los Ptolomeos

¹ FROIDEFOND, CH., *Le Mirage Égyptien dans la littérature Grecque d'Homère à Aristote*, París: OPHRYS, 1971. 403 p. (Publications Universitaires des Lettres et Sciences Humaines d'Aix-en-Provence); BERNAL, M., *Atenea Negra: las raíces afroasiáticas de la civilización Clásica*, Barcelona: Crítica, 1993. 508 p., Serie Crítica-Arqueología; SERRANO DELGADO, J. M., En los orígenes del mito: Egipto y el mundo Grecorromano, en: AA.VV., *Egipto: 200 años de investigación arqueológica*, Madrid: Zugarto Ediciones, 1998, p. 8-17.

² La figura legendaria de Cadmo es un buen ejemplo: hijo del rey de Tiro, y hermano de la célebre Europa, marchó en su búsqueda tras el rapto de ésta por Zeus. Se le atribuye la fundación de Tebas, y sobre todo la introducción del alfabeto fenicio, que será el modelo y origen del griego. Cfr. EDWARDS, R. B., *Kadmos, the Phoenician: A Study in Greek Legends and the Mycenaean Age*, Amsterdam, 1979; KERENYI, K., *The Heroes of the Greeks*, 1959. Cfr. también: <http://en.wikipedia.org/wiki/Cadmus>.

³ BERNAL, *op. cit.*, p. 91-129. HORNUNG, E., *The secret lore of Egypt and its impact on the west*, Ithaca y Londres: Cornell University Press, 2001, p. 19-25.

⁴ Tal es el caso de Solón, Tales de Mileto, Hipócrates o el mismo Platón. Cfr. GOMEZ ESPELOSÍN, F. J. y PEREZ LARGACHA, A., *Egiptomanía: el mito de Egipto de los griegos a nosotros*, Madrid: Alianza Editorial, 1997, p. 54-73.

⁵ DROYSEN, J.G., *Alejandro Magno*. Mexico: Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 194-199. EHREMBERG, V., *Alexander und Ägypten*, 1926. SCHACHERMEYR, F., *Alexander der Grosse: das Problem seiner Persönlichkeit und seines Wirkens*, Viena: Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 1973, p. 222-264 y 672-675. GOUKOWSKY, P., *Essai sur les Origines du Mythe d'Alexandre I: Les origines politiques*, Nancy, 1978, p. 17-26.

se convertirá en el estado más poderoso, cohesionado y perdurable de la Época Helenística. Precisamente allí, a instancias del primero de los Ptolomeos, un sacerdote egipcio, Manetón de Sebennytos, elaboró una historia de Egipto, las *Aegyptiaka*, escrita en griego para sus nuevos dominadores, y para ilustrar al mundo heleno acerca de la grandeza pasada de Egipto⁶. La obra de Manetón encuentra su paralelo en Asia en las *Babiloniaka* de Beroso, también un miembro de la casta sacerdotal, en este caso babilonio, y que trabajaba al servicio de los Seleúcidas⁷. Es una pena que ambas obras se hayan perdido, y que solo se conserven en fragmentos o resúmenes en otros autores, aunque su fama perduró en el mundo Grecorromano. Esa celebridad fue lo que dio pie, entre otras cosas, a la posterior aparición de apócrifos o falsarios que recrean supuestas historias del remoto pasado pretendiendo presentarlas con la sanción de estos autores⁸.

Con respecto a la tradición Bíblica, su entidad para el tema que nos ocupa radica en las frecuentes menciones que - fundamentalmente en el Antiguo Testamento - aparecen de pueblos, estados y culturas del Antiguo Oriente. No hay que olvidar que el pueblo hebreo y el estado judío se insertan de forma natural en la dinámica de la zona, y que constituyen en realidad una unidad más del panorama histórico y cultural de esta vasta región. Y aunque nunca detentaron un protagonismo político o militar dominante, interaccionaron continuamente con los grandes imperios de Mesopotamia, Siria y Anatolia, sobre todo por la ubicación estratégica de que disfruta Palestina, a caballo entre Siria-Mesopotamia por un lado y el Valle del Nilo por otro. La Biblia no solo menciona por supuesto a Egipto, Babilonia, o Persia, sino que contiene recuerdos de estados y pueblos cuya memoria histórica se perdió en Occidente parcial o totalmente, como los Asirios o los Hititas, y se mencionan ciudades como Uruk (la bíblica Erech), Ur o Ebla, que solo en tiempos recientes han vuelto a salir a la luz gracias a la labor de arqueólogos y filólogos. Durante la Edad Media, el texto Bíblico fue prácticamente la única fuente de información sobre un pasado remoto, anterior a Grecia y Roma, en el que lo fundamental era la contextualización histórica del pueblo hebreo⁹.

Con la llegada del Renacimiento, a partir del siglo XV, se suscitó un activo movimiento de redescubrimiento y recuperación de las raíces Clásicas de Occidente. Se buscaban ávidamente copias de autores griegos y latinos, se cotejaban los textos, se identificaba y corregían errores de transmisión, se depuraban las versiones, y, finalmente, se preparaban ediciones críticas, traducciones y comentarios. La aparición de la imprenta permitió que el resultado de toda esta actividad alcanzara una difusión e impacto que de otra forma hubiera sido impensable. Y hay que tener en cuenta que muchos de los autores y textos recuperados de la Antigüedad tocaban de una u otra forma los

VAN VOSS, H. Alexander und die ägyptische Religion: einige ägyptologische Bemerkungen. En AA.VV., *Alexandre the Great: reality and myth*, Roma: L'Erma di Bretschneider, 1993, p. 71-74.

⁶ THISSEN, H. J., "Manetho", en *Lexikon der Ägyptologie*, vol. III, p. 1180-1181. WADDELL, W. G., *Manetho*, Cambridge (Mass.): Harvard University Press, 1980. GRIFFITH, J. G., *Plutarch's De Iside et Osiride*, Cardiff, 1970, p. 78-82. VERBRUGGHE, G. P. y J. M. WICKERSHAM, *Berosos and Manetho, introduced and translated: Native Traditions in Ancient Mesopotamia and Egypt*, Michigan: The University of Michigan Press, 2001, p. 95-213.

⁷ BURSTEIN, S. M., *The Babyloniaca of Berosus*, Udena Publications, 1978. VERBRUGGHE y WICKERSHAM, *op. cit.*, p. 13-94.

⁸ Por ejemplo, la obra de Annio de Viterbo, *Berosi Sacerdotis Chaldaicis Antiquitatum Libri Quinque*, que forma parte de esta exposición (Ficha nº 58).

⁹ HUFFMON, H., "Babel und Bibel: the encounter between Babylon and the Bible", en M. C. O'CONNOR y D. N. FREEDMAN eds., *Backgrounds for the Bible*, Winona Lake: Eisenbrauns, 1987, p. 125-136. JOHANNING, K., *The Babel-Bible-Streit: eine forschungsgeschichtliche Studie*, Frankfurt am Mein, 1989. LARSEN, M. T., "The 'Babel/Bible' Controversy and its aftermath", en SASSON, J. M. ed., *Civilisations of the Ancient Near East*, New York: Simon & Schuster Macmillan, vol. I, 1995, p. 95-106.

territorios, los pueblos y la historia de Oriente. Algunos abordaban temas y cuestiones relativas a este Oriente de forma extensa y pormenorizada, como en el caso del libro I de Diodoro Sículo¹⁰, de Plutarco, que dedica una monografía a los dioses del ciclo Osiriaco¹¹, y sobre todo Heródoto, cuyo libro II está totalmente dedicado a la geografía, a la historia y la cultura de los egipcios¹². En otros, en cambio se podía obtener noticia e información sobre Egipto o Babilonia solo de forma puntual y concreta, o de una manera más o menos encubierta. Este es el caso de Apuleyo, que en *El Asno de Oro* o *La Metamorfosis* introduce de forma sugestiva muchos elementos de los cultos isíacos¹³. O el mismo Platón, que -por entresacar solo una de sus más conocidas citas- pone en boca de sacerdotes egipcios la historia y leyenda de la Atlántida como modelo de utopía perdida¹⁴. Especial atención se prestará a aquellos autores antiguos que de una u otra forma hacen referencia a Palestina, al pueblo judío e incluso a la figura de Jesús y a los primeros cristianos, y que podían servir de refrendo o cotejo del texto Bíblico. Este es el caso de Suetonio, Plinio El Joven o Flavio Josefo, un judío romanizado que fue testigo de la definitiva destrucción de Jerusalén y del templo por los emperadores Flavios, y del comienzo de la diáspora hebrea¹⁵.

Por otra parte, la coyuntura histórica de los inicios de la Edad Moderna comportó transformaciones radicales de los horizontes geográficos del hombre europeo y de su visión del mundo. Las navegaciones de los portugueses, circunnavegando África y llegando a la India, así como las empresas del recién creado estado hispánico de los Reyes Católicos, con el descubrimiento de América primero y las navegaciones de Magallanes y Elcano después, cambiaron el mapamundi en unas pocas décadas. En el Mediterráneo, la consolidación del Imperio Turco proporciona al Levante y al Próximo Oriente una unidad y estabilidad nuevas, de la que se benefician especialmente varios estados occidentales, como Francia o la república de Venecia, con importantes intereses políticos y económicos en la zona. Por otra parte esta ampliación de horizontes, incorporando nuevos pueblos y culturas, suscitó una intensa actividad evangelizadora y una expansión de determinadas órdenes religiosas. Jesuitas, dominicos y capuchinos (entre otros) siguen las huellas de los soldados, exploradores y comerciantes, y comienzan a traer noticias y descripciones de tierras que hasta el momento habían sido para el hombre occidental solo nombres o imágenes distorsionadas por la niebla de la distancia y del mito. El entusiasmo religioso de la época, alimentado por los cambios y la confrontación dialéctica de los movimientos reformistas y la subsiguiente reacción de la iglesia Católica (la Contrarreforma), animó de manera especial la intensa actividad aventurera de clérigos y misioneros. El resultado de todo ello es un mejor conocimiento general del Oriente, de sus tierras, de sus rutas, de los pueblos y estados que lo componen. Acompañando este proceso, se multiplican las ediciones de libros que describen las tierras de Asia, desde Constantinopla hasta Cathay, su historia, religión y

¹⁰ BURTON, A., *Diodorus Siculus. Book I: a commentary*, Leiden, E.J. Brill, 1972, 301 p.

¹¹ GRIFFITH, *op. cit.*, *passim*.

¹² LLOYD, A. B., *Herodotus. Book II: Introduction*. Leiden: E. J. Brill, 1975. ID., *Herodotus. Book II. Commentary I-98*, Leiden: E. J. Brill, 1976. ID., *Herodotus. Book II. Commentary 99-182*, Leiden: E. J. Brill, 1988

¹³ LUCIO APULEYO, *Las Metamorfosis* o *El Asno de Oro* (Obra completa, introducción, texto latino, traducción y notas de Juan Martos), Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2003.

¹⁴ FROIDEFOND, *op. cit.*, Capítulo II, p. 267-342.

¹⁵ Ficha nº 59. COHEN, Sh. J. D., *Josephus in Galilee and Rome: his vita and development as a historian*, Columbia, 1979. LEBEL, H. y R. MILLER, *Flavius Josephus*, 2001. RAJAK, T., *Josephus the historian and his society*, Filadelfia, 1984.

costumbres¹⁶. La necesidad de proporcionar a los clérigos que partían hacia esos territorios unos instrumentos útiles para penetrar mejor en la geografía y costumbres de las poblaciones que se pretende evangelizar es una de las razones de esta intensa actividad editorial. Y algunos, como Amaro Centeno, se centran en reconstruir las historias pasadas de los imperios y estados del Oriente, entendiendo la aproximación histórica como un complemento fundamental para comprender esos pueblos que se quiere convertir¹⁷.

Dentro de la imagen renacentista de este Oriente recuperado, Egipto ocupa de forma natural una posición privilegiada y especial. Por una parte, en franca coherencia con la tradición Grecorromana, en la élite culta de la Europa de los siglos XVI y XVII se seguirá pensando que el país del Nilo era la cuna de la civilización, el origen más remoto de toda cultura superior, y que tanto griegos como latinos, y de alguna manera también la Europa Occidental, son en realidad herederos de esta tradición. Incluso se llegará a recurrir a la autoridad implícita en la antigüedad de la civilización egipcia para apoyar o fundamentar argumentos dentro de la virulenta disputa entre reformistas y papistas, en la agitada historia religiosa de los primeros tiempos de la Edad Moderna. Aquí se puede situar, por ejemplo, el *De Veteribus Aegyptiorum Ritibus*, de Gianbattista Casalio Romano, que forma parte de nuestra sección. Publicado en Roma en 1644, su objetivo último es la defensa de la antigüedad y la autenticidad de los ritos y liturgias de la Iglesia Católica, en franca oposición a las posturas de las iglesias reformadas¹⁸.

El problema es que en el Renacimiento hizo amplio uso y abuso de una visión determinada del Antiguo Egipto, que lo presenta como la sede de una sabiduría ancestral y oculta, con una visión mística que sin embargo se podía compaginar con la ortodoxia cristiana. La cuestión clave era que toda sabiduría - toda sabiduría sincera y auténtica - diferente o anterior de la tradición Bíblica o Clásica, se suponía que debía contener un mensaje sagrado, único y universal, inmutable y eterno, parte definitiva de la Revelación Divina. Y cuanto más antiguo fuera el ámbito histórico, la cultura (en este caso la egipcia) que se ofreciera como agente transmisor de este mensaje oculto (reservado para una elite culta), tanto más valioso sería este mensaje y tanto más próximo estaría a la verdad única y universal. Se trata de una imagen idealista que en el Renacimiento se materializó especialmente en el resurgir de la filosofía Neoplatónica y de las tradiciones Gnósticas¹⁹. Platón o Pitágoras eran recuperados, y admirados, pero para lo que aquí nos interesa es sobre todo significativa la atención de los estudiosos y eruditos del Renacimiento hacia los escritos que componen el *Corpus Hermeticum*. La mayoría de estos escritos se adjudicaban a la autoría de una personalidad superior - y fabulosa -, Hermes Trismegistus, un supuesto sabio egipcio de remota antigüedad, al que se hacía contemporáneo o predecesor del Moisés, y de cuya sabiduría habrían

¹⁶ Cfr., por poner solo algunos ejemplos: RODRÍGUEZ MOÑINO, A., *Fray Diego de Mérida, Jerónimo de Guadalupe, Viaje a Oriente (1512)*, Barcelona: Sociedad General de Publicaciones, 1946. ID., *Viaje a Oriente de fray Antonio de Lisboa (1507)*, Badajoz: Imprenta Provincial, 1949. GONZÁLEZ DE MENDOZA, J., *Historia de las cosas más notables del gran reyno de la China*, Valencia: Viuda de Huete, 1585.

¹⁷ BUSQUETS I ALEMANY, A., Un siglo de noticias españolas sobre China: entre González de Mendoza (1585) y Fernández de Navarrete (1676), *Nuevas Perspectivas de Investigación sobre Asia Pacífico*, P. San Ginés Aguilar ed., Granada, 2008, p. 275-291. GARCÍA SANCHEZ, M. D., La Imagen de Oriente a través de Amaro Centeno, *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid, 1998, Vol. I, p. 546-553. Cfr. Ficha nº 60.

¹⁸ En realidad el texto que Casalio Romano dedica a los ritos egipcios se integra dentro de una obra de perspectivas más amplias, que abarca asimismo los rituales de la antigua Roma y de la Iglesia Cristiana primitiva, todo ello por supuesto en su voluntad de legitimar al papado y la Iglesia Romana de su época (siglo XVI). Cfr. Ficha nº 63.

¹⁹ LA NAVE, F. *The neoplatonic myth of Egypt in Early Modern Europe*, UMI 2006.

aprendido, entre otros, Platón o Pitágoras²⁰. Hacia 1460 un clérigo italiano, Leonardo de Pistoia, regresa a Italia con una colección de escritos Herméticos, que inmediatamente atraen la atención de uno de los principales representantes del platonismo y neoplatonismo de la segunda mitad del siglo XV, Marsilio Ficino. Ficino será un firme defensor de la coherencia y conexión entre la religión cristiana, la filosofía platónica y la literatura Hermética, pero es muy significativo que primero publicará una traducción latina del *Corpus Hermeticum*, en 1471, antes de hacer lo mismo con Platon, en 1483. Posteriormente editará traducciones de Plotino (1492) y de Jámblico (*Sobre los Misterios Egipcios*, en 1497). La nueva academia platónica que Ficino fundó y mantuvo en Florencia, bajo el patrocinio de los Medicis, se convirtió en uno de los focos de difusión de la imagen neoplatónica de la sabiduría egipcia²¹.

En toda esta dinámica es donde se inserta el interés por los Jeroglíficos egipcios. La conciencia de las peculiaridades y del atractivo de la escritura egipcia nunca fue en realidad olvidada. Pervivió y se transmitió a lo largo de los tiempos medievales tanto a través de autores paganos como Amiano Marcelino, como cristianos, en especial Clemente de Alejandría, que es el único escritor de la Antigüedad que reconoce que había tres sistemas de escritura egipcios, cada uno con un ámbito y funciones específicos²². Y además estaban los obeliscos de la ciudad de Roma, cubiertos de signos y textos, así como determinadas piezas artísticas que gozaron de gran popularidad en los inicios del Renacimiento, como la *Mensa Isiaca* de Turín²³. Pero la interpretación de los jeroglíficos, imposibles de leer y de traducir - faltaban aun 350 años para el hallazgo de la Piedra Rosetta y de la hazaña de Champollion - se insertó plenamente en esa corriente de pensamiento que combinaba humanismo, cristianismo y neoplatonismo: Se generalizó la creencia de que se trataba de un código simbólico que ocultaba, de una manera sugestiva y secreta, los misterios y el conocimiento de las verdades universales, conocimiento y verdades que, como dijimos más arriba, para muchos de estos eruditos y estudiosos eran plenamente compatibles con la fe cristiana. En suma, se trataba en realidad de la forma más antigua de la revelación divina dirigida a los hombres.

En 1419, el monje viajero Cristóforo Buondelmonti, que exploró intensamente el Egeo, sus islas y costas, encontró en la isla de Andros un manuscrito con los *Hieroglyphika* de Horapolo. En 1422, el manuscrito estaba ya en Florencia, y empezó a ser conocido en los círculos intelectuales renacentistas. Esta obra tuvo un impacto fundamental, y no es exagerado decir que determinó la manera de entender la escritura egipcia en Occidente prácticamente hasta el siglo XIX, e incluso más allá. En realidad poco o nada se sabe acerca de la personalidad histórica de Horapolo, un antropónimo que combina sugestivamente el nombre del dios egipcio Horus con Apolo, la deidad helena. Su obra sobre los jeroglíficos está dividida en dos secciones y contiene cerca de doscientas explicaciones o comentarios de los signos de la escritura egipcia. Editada en 1505 por Aldo Manuzio y traducida al latín en 1515, se convirtió en una de las publicaciones más

²⁰ MERKEL, I. y A.G. DEBUS, *Hermeticism and the Renaissance: intellectual History and The Occult in Early Modern Europe*, Washington: Folger Books, 1988. YATES, F. A., *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*, Chicago: Chicago University Press, 1964.

²¹ IVERSEN, E., *The Myth of Egypt and its Hieroglyphs in european Tradition*, Princeton: Princeton University Press, 1993, Capítulo III, p. 57 y ss. BERNAL, M., *Atenea Negra: las raíces afroasiáticas de la Civilización Clásica*, Barcelona. Editorial Crítica, 1993, p. 156-157. HORNUNG, *op. cit.*, p. 83-91.

²² IVERSEN, *op. cit.*, p. 41.

²³ SCAMUZZI, E., *La Mensa Isiaca del Regio Museo di Antichità a Torino*, Roma: Pubblicazioni Egittologiche del Regio Museo di Torino, v, 1949. IVERSEN, *op. cit.*, p. 55-56.

populares del Renacimiento²⁴. Hoy día estamos de acuerdo en que Horapolo transmite interpretaciones de determinados jeroglíficos egipcios concordes con la lectura e interpretación originales de la Época Faraónica, pero que la gran mayoría de sus explicaciones son fantásticas y en definitiva erróneas. Eso sí, se integran plenamente en la comprensión de los jeroglíficos como el receptáculo de mensajes ocultos y de una sabiduría mística que solo debe ser accesible a quienes se inician en el arduo camino de interpretarlas y comprenderlas.

El panorama editorial de los siglos XVI y XVII va a poblarse rápidamente de ensayos, estudios y comentarios que se nutrirán de esta interpretación simbólica de los jeroglíficos egipcios, muy del gusto de aquellos que se adscribían a las corrientes neoplatónicas y herméticas. Así, en la ya temprana fecha de 1485, Leon Battista Alberti incluía en su *Ars Aedificatoria* el grabado de una medalla con algo parecido a un ojo-*udja* alado, un tema típicamente egipcio, y que ya aparece contemplado en la obra de Horapolo. En 1499 la imprenta de Aldo Manuzio, de nuevo, sacó a la luz una obra llamada *Hypnerotomachia Poliphili*, de Francesco Colonna²⁵, religioso dominico nacido en Venecia en 1433. En realidad se trata de una fantasía novelada que quiere recrear y celebrar la Antigüedad, en un paisaje que conjuga elementos de la mitología Clásica con otros claramente egipcios, como obeliscos, pirámides y esfinges. Lo llamativo es que Colonna, que conocía a Horapolo, se atreve a incluir en sus grabados textos “jeroglíficos”, naturalmente inventados por él, pero de un atractivo estético indudable. Y lo importante es que tuvo muchos imitadores en los siglos XVI y XVII²⁶. Otra de las obras que, siguiendo esta línea, tuvo gran impacto, y que figura en nuestra sección, fueron los *Hieroglyphica sev de sacris Aegyptiorum aliarvmque gentivm literis commentarii*, de Giovanni Piero Valeriano Bolzani, cuya primera edición data de 1556²⁷. Se trata de una obra fundamentalmente inspirada de nuevo en Horapolo, cuyos *Hieroglyphica* habían sido editados en Venecia pocos años antes de que Bolzani llegara a esta ciudad, y que pretende profundizar en compatibilizar los símbolos antiguos de los jeroglíficos egipcios con la revelación cristiana. Profusamente ilustrada por xilografías, muy libres y a menudo fantásticas, esta obra tuvo gran éxito, fue objeto de sucesiva reediciones, y sirvió de referencia general para el tema hasta la segunda mitad del siglo XVII, cuando se ve superada por las publicaciones de Athanasius Kircher.

El siglo XVII recibe con frecuencia el apelativo de “siglo de la erudición”, algo que responde ciertamente a la realidad de ese tiempo. La fecunda herencia intelectual del Renacimiento, las inquietudes religiosas que conllevaron los procesos reformistas y de la consiguiente Contrarreforma, los cambios políticos y la ya mencionada ampliación de los horizontes geográficos, fueron todos elementos que concurrieron para propiciar la aparición de una amplia galería de personajes dedicados al estudio y a las ciencias, que combinaban el ensayo y la indagación con el afán de catalogación y el coleccionismo. No fueron pocos los que siguieron la estela de un Pietro della Valle (1586-1652)²⁸, que en la primera mitad del siglo XVII recorrió buen parte de Oriente, trayendo a Europa,

²⁴ BOAS, G., *The Hieroglyphics of Horapolo*, Princeton: Bollingen Series XXIII, 1950. WALLE, B. D. V. y J. VERGOTE, Traducción des *Hieroglyphica*, *Chronique d’Égypte*, XVIII, 1943, p. 21-38. IVERSEN, *op. cit.*, p. 47-48 y p. 150 (Cfr. la referencia bibliográfica en n. 31).

²⁵ BUS A 336/080

²⁶ IVERSEN, *op. cit.*, p. 65-67. HORNUNG, *op. cit.*, p. 86.

²⁷ Ficha nº 70.

²⁸ GURNEY, J., Pietro della Valle: The Limits of Perception, *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 49, 1986, no. 1, p. 103-116. Ver también http://en.wikipedia.org/wiki/Pietro_Della_Valle.

entre otras cosas, los primeros ejemplos de textos en escritura cuneiforme. O Jean Foy-Vaillant (1632-1706), cuya *Historia Ptolemaeorum Aegypti Regum* figura en nuestra sección²⁹, y que recorrerá todo el Mediterráneo buscando antigüedades, en especial monedas, siendo uno de los fundadores del *Cabinet des Médailles* del París del Luis XIV. Más concretamente, en el siglo XVII se genera y consagra una determinada imagen de erudito o sabio universal, que aprovechará toda esta avalancha de ideas, de descubrimientos, de nuevos datos e información, y para el que aparentemente ningún campo del conocimiento debía ser ajeno.

Es posible que no haya otro arquetipo más apropiado para este modelo de erudito universal que el jesuita alemán Athanasius Kircher (1601-1680). Con una formación enciclopédica que abarcaba desde las matemáticas y la Medicina hasta la música y la geología, pasando por la inevitable formación Clásica, con especial incidencia en lenguas como el griego o el hebreo, Kircher se presenta como una de las figuras más brillantes y fecundas de la cultura europea de los siglos XVII y XVIII. Baste como ejemplo su interés por los volcanes, asistiendo como testigo y observador a las erupciones del Etna o el Vesubio, a cuyo interior se aprestó incluso a bajar para conocer la dinámica interna de una erupción volcánica...³⁰. Pero, para lo que aquí nos interesa, Kircher se aplicó de manera especialmente apasionada al problema de los jeroglíficos egipcios, materia sobre la cual sacó a la luz varias publicaciones, entre ellas, el *Obeliscus Pamphilius*³¹ y sobre todo el *Oedipus Aegyptiacus*³², ambas sin duda joyas relevantes de la sección que aquí presentamos. El jesuita alemán tuvo intuiciones geniales, como apuntar que la escritura egipcia, los jeroglíficos, en su empleo vulgar debía haber sustentado una base fonética o alfabética, y que el copto es en última instancia la lengua hablada por los antiguos egipcios. Pero Kircher se adscribió sin embargo firmemente a la idea, heredada de Horapolo y del Hermetismo, de que los signos jeroglíficos ante todo constituían un lenguaje simbólico, un código que iba más allá que la pura fijación de una lengua y que ocultaba mensajes y misterios que había que interpretar y descifrar, aunando para ello erudición y ciencia, pero también fe, pues para él el mensaje soterrado de los egipcios tenía que ser antecedente sublime -y compatible por supuesto- de la Revelación cristiana.

El impacto que la obra de Kircher iba a tener en la intelectualidad europea de los siglos XVII, XVIII e incluso XIX iba a ser extraordinaria. Champollion había leído extensamente estas obras, y aprendido especialmente bien sus ideas acerca del copto. El léxico y la gramática que de esta lengua publicó el jesuita alemán permitieron traducir con seguridad y estudiar los textos de la iglesia copta, que además tenían el interés añadido de incorporar nuevos materiales para el conocimiento de la iglesia primitiva y de los primeros cristianos³³. La búsqueda de códices y manuscritos coptos, su estudio y publicación, ocuparon a partir de entonces a eminentes filólogos y lingüistas, como el italiano Giovanni Luigi Mingarelli (1722-1793), que encontró en una biblioteca

²⁹ Ficha nº 69.

³⁰ Para esta fundamental figura, se puede consultar: FLETCHER, J. (ed.), *Athanasius Kircher und seine Beziehungen zum gelehrten Europa seiner Zeit*, Wiesbaden, 1988. GODWIN, J., *Athanasius Kircher: A Renaissance Man and the Quest for Lost Knowledge*, Londres, 1979. Ver también IVERSEN, *op. cit.*, p. 88-123 y HORNUNG, *op. cit.*, p. 98-105.

³¹ Ficha nº 66.

³² Ficha nº 65.

³³ En 1636 Kircher publicó una gramática copta (*Prodromus coptus sive aegyptiacus*), y en 1643 en su *Lingua aegyptiaca restituta*, además de ofrecer un amplio vocabulario, afirma la continuidad del copto con relación al egipcio antiguo.

veneciana una colección de códices coptos, conteniendo, entre otras cosas, una de las biografías de la Virgen María más antiguas de la cristiandad³⁴.

Pero al mismo tiempo que eruditos, filólogos y coleccionistas iban enriqueciendo el acervo de la ciencia moderna, otras iniciativas muy diferentes se estaban poniendo en marcha, también dependientes en buena medida de esa imagen de Oriente (y de Egipto) como receptáculo de una sabiduría oculta y universal que superaba cualquier otra forma de conocimiento y poder. A finales del siglo XVI o inicios del siglo XVII comienza a actuar la orden -secta o como la queramos llamar -de los *Rosacruces* o *Rosacrucianos*. Aunque remontaban su origen a un mítico fundador, Christian Rosenkreutz, supuestamente nacido a finales del siglo XIV, en realidad sus fundamentos ideológicos se asientan en una reelaboración de las doctrinas herméticas y del idealismo platónico del Renacimiento, a lo que añaden el interés por la magia caldea y hebrea, en especial la Cábala. Los Rosacruces se gestionaban como una orden secreta, con distintos niveles de iniciación y con un ceremonial complejo y esotérico, donde los elementos orientales y egipcios abundaban. En realidad, uno de los objetivos de este movimiento era tratar de cambiar el mundo y hacer avanzar el bienestar y la prosperidad de las sociedades. Para ello era necesario que el poder estuviera en manos de una élite ilustrada, de sabios iniciados. Lograron atraerse a importantes personalidades: en 1781 el príncipe heredero de Prusia se hizo Rosacruciano, y consiguieron una implantación considerable en los círculos académicos británicos (Cambridge) y alemanes³⁵. Pese a todo, los Rosacruces recibieron furibundas críticas y comenzaron a ser prohibidos, e incluso desterrados, a partir de finales del siglo XVIII³⁶. Sin embargo, al hilo de este movimiento se desarrollaron otras iniciativas similares, algunas de las cuales tendrán mayor éxito, difusión y perdurabilidad. Este es el caso de la *Francmasonería*, que aunque tiene antecedentes en el siglo XVII nace oficialmente hacia 1717, con la reunión de cuatro logias en un local londinense y la elección como Gran Maestre de Anthony Sayer³⁷. La naciente masonería tuvo gran peso e impacto inicial en Gran Bretaña y sus colonias de América, en Italia y, posteriormente, también en Francia. Aunque en un principio se interesaron más por La Cábala o el Gnosticismo, siguiendo la estela de los Rosacruces incorporaron pronto la figura de Hermes Trismegistos y las doctrinas Herméticas. Y especialmente a partir de finales del siglo XVIII, las referencias a Egipto y los motivos iconográficos alegóricos de tipo egipcio se imponen en las logias de toda Europa y América del Norte. Obviamente, la imagen masónica del Antiguo Oriente y de Egipto se ajusta perfectamente al patrón - que hemos mencionado repetidamente - del ámbito sede de la “sabiduría original y primigenia”. Y dentro de esa visión, el sistema de escritura de los egipcios, es ante todo, y por encima de cualquier otra consideración, un lenguaje secreto conteniendo las claves para comprender el orden, las leyes y los mecanismos que rigen el universo, el gran objetivo de los masones³⁸. El impacto y difusión de la imagen masónica de Egipto y del Antiguo Oriente se mantienen hasta hoy día. Pero resulta curioso constatar que cuando en Europa se están dando los pasos para

³⁴ Ficha nº 68.

³⁵ BERNAL, *op. cit.*, p. 166-172. IVERSEN, *op. cit.*, p. 77, 121. HORNUNG, *op. cit.*, p. 116-127.

³⁶ El movimiento de los Rosacruces experimentó un notable resurgimiento a finales del siglo XIX y durante el siglo XX, sobre todo en los Estados Unidos, donde el Museo que mantienen abierto en San José (California) está repleto de resonancias egipcias y orientales.

³⁷ HORNUNG, *op. cit.* p. 117.

³⁸ Sobre la Masonería, y en particular con sus vínculos con Egipto, ver: LENNHOFF, E. y O. POSNER, *Internationales Freimaurerlexikon*, Vienna, 1932. GALTIER, G., *Maçonnerie égyptienne, Rose-Croix et Néo-Chevalerie: les Fils de Cagliostro*, Mónaco, 1989. NEFONTAINE, L., *Symboles et symbolisme dans la Franc-Maçonnerie*, Bruselas, 1994. HORNUNG, *op. cit.*, p. 116-127.

la consolidación de la Egiptología científica, a partir sobre todo de la Expedición Napoleónica a Egipto, la consiguiente publicación de la monumental *Description de l’Égypte*, y los trabajos que sobre la Piedra Rosetta realizaron Th. Young y Champollion, entre otros, un intelectual que desempeñó importantes puestos en la gestión del arte y la cultura francesa de la República y la Restauración, y que era masón, Alexandre Lenoir aún publica un tratado al que da el significativo título de *Nueva Interpretación de los Jeroglíficos, o las antiguas alegorías sagradas de los egipcios*³⁹.

Afortunadamente para el progreso de la ciencia en general, y de la ciencia histórica en particular, el siglo XIX trajo consigo cambios fundamentales en la percepción del Oriente Antiguo, y contempló, en definitiva, el nacimiento y la consolidación de disciplinas científicas nuevas como la Egiptología y la Asiriología. Ambas vinieron a añadirse al acervo de los estudios históricos, cuya renovación es el resultado por una parte de la herencia del Racionalismo y la Ilustración, pero también del impacto que en el ámbito de la intelectualidad en general y entre los historiadores en particular van a tener los movimientos sociales y políticos que arrancan con las Revoluciones Americana y Francesa. Los estudios históricos se vieron asimismo afectados por la renovación que conllevan las nuevas perspectivas y enfoques de la ciencia, como el positivismo, el evolucionismo y otros más. Además de todo ello, el siglo XIX es por excelencia el siglo del Colonialismo, con una expansión del dominio de las principales potencias europeas, fundamentalmente Gran Bretaña, Francia y Alemania, por extensas regiones de los continentes asiático y africano. Los horizontes vuelven a ensancharse, esta vez con la voluntad de no dejar rincón alguno de planeta por explorar. Las sociedades geográficas y de exploración se multiplican: en 1830 se funda en Londres, bajo el patrocinio de la Corona, la *Royal Geographical Society*⁴⁰, y unos años después, hacia 1845, se funda en Leipzig la *Deutsche Morgenländische Gesellschaft*⁴¹. Y al hilo de la expansión militar y política europea, así como de la explotación económica de estos territorios, crece también el afán por estudiarlos y conocerlos mejor. Nace así una incipiente arqueología que va literalmente a sacar a la luz mundos perdidos y olvidados, cuyas maravillas, en forma de obras de arte, de relieves, esculturas, inscripciones, joyas y demás, van a llenar los museos, nuevos palacios de la cultura, proyección de la vocación culta, universalista y cosmopolita de la Europa del XIX. Estos museos, patrocinados en muchas ocasiones por las monarquías más avanzadas de la época, que entienden perfectamente la faceta propagandística y política que conllevaban, van a ir poco a poco convirtiéndose en edificios emblemáticos de las grandes capitales europeas (Londres, París, Berlín, Turín...).

En 1798 una flota francesa parte del puerto de Tolón, atraviesa el Mediterráneo burlando nada menos que al almirante Nelson, y se planta en las costas del Delta del Nilo. A su frente se encuentra Napoleón Bonaparte, por aquel entonces Primer Cónsul de una joven República Francesa cada vez más asediada por las monarquías occidentales, en especial Gran Bretaña. En realidad la llamada Campaña de Egipto fue un movimiento más en el inmenso tablero de ajedrez en el que Francia e Inglaterra, fundamentalmente, estaban aparentemente jugándose el dominio mundial. Estos

³⁹ Ficha nº 67. Lenoir, una personalidad sin duda potente y combativa, publicó asimismo una defensa de su orden y de sus ideas (*La Franche-Maçonnerie rendue à sa véritable origine, ou l’antiquité de la Franche-Maçonnerie prouvée par l’explication des mystères anciens et modernes*).

⁴⁰ MILL, H. R., *The record of the Royal Geographical Society: 1830-1930*, Londres, 1930.

⁴¹ PREISSLER, H., *Die Anfänge der deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, *Zeitschrift der Deutsche Morgenländische Gesellschaft* 145-2 (1995).

episodios de la historia política, militar y diplomática, sin embargo, van a tener una incidencia extraordinaria para el descubrimiento de las antiguas culturas del Oriente y para el desarrollo de la arqueología. Bonaparte, al fin y al cabo ilustrado hijo de la Enciclopedia, había dispuesto que en el ejército enviado a Egipto se incluyera también un nutrido grupo de científicos y sabios, entre los que se contaban botánicos, químicos, ingenieros, geólogos, lingüistas, dibujantes, y un sinfín de especialistas en las más diversas artes y ciencias: su misión consistiría en estudiar la tierra que iban a conquistar, incluidos los restos de su glorioso pasado⁴². En 1799, el oficial de ingenieros francés Rouchard, que se encuentra dirigiendo trabajos de fortificación de las tropas francesas frente al más que previsible ataque inglés en Rosetta, en la costa egipcia, encuentra una gran laja de piedra con un texto dividido en tres secciones: una de ellas, en griego, era fácilmente traducible; las otras dos estaban en escritura egipcia, en demótico y jeroglífico. Inmediatamente fue patente que la vía para lograr por fin solucionar el misterio y el problema de la naturaleza y la comprensión de los textos egipcios estaba expedita. Cuando, entre 1809 y 1813 el resultado del trabajo del “batallón de científicos” franceses salió a la luz - la monumental *Description de l’Égypte*⁴³ - no sólo se certificó el nacimiento de una nueva ciencia, la Egiptología, sino que además, la Piedra de Rosetta quedó a disposición de cualquier sabio o erudito europeo que quisiera intentar la proeza. Se trató, desde luego, de un empeño bastante más difícil y complejo de lo que en principio pudiera parecer, y resulta en extremo interesante comprobar que fueron muchos los que lo intentaron, como el francés Silvester de Sacy, el sueco Akerbald o el británico Thomas Young, que fue quien con mejores resultados se enfrentó al tema⁴⁴. Pero el resultado final y definitivo se debe, como es bien conocido, de nuevo a un francés, Jean François Champollion, quién fundamentándose en sus extraordinarios conocimientos de lenguas antiguas, especialmente del copto, logró definir la naturaleza de la escritura jeroglífica como un sistema gráfico que combinaba signos de valor fonético con otros puramente pictográficos, con una flexibilidad y complejidad no conocida por ningún otro sistema de escritura hasta el momento. Resulta curioso que el único viaje que Champollion pudo realizar al país del Nilo, y que le sirvió para confirmar definitivamente la eficacia y veracidad de su sistema, fue el que hizo entre 1828 y 1829, financiado en buena medida por la casa real de Piamonte-Cerdeña, y acompañado de italianos como Rossellini, que dejaron asimismo una huella imborrable en el inicio de la Egiptología. Precisamente una edición primera de las cartas enviadas por Champollion a su hermano durante esta expedición constituye, desde nuestro punto de vista, una de las joyas de nuestra exposición⁴⁵.

Esto por lo que respecta a Egipto, donde como vemos el papel de Francia va a ser predominante. Con relación al Próximo Oriente Asiático el protagonismo va a corresponder en este caso fundamentalmente a los ingleses, que a partir de un determinado momento del siglo XIX van a tener claro que para asegurar sus dominios en el continente africano y en Asia (especialmente India y Afganistán) debían lograr poner bajo su esfera de influencia el vasto arco de tierras que abarca Irán, Mesopotamia,

⁴² SOLE, R., *Les Savants de Bonaparte*, Paris: Seuil, 1998. BEDNARSKI, A. *Holding Egypt: tracing the reception of the Description de l’Égypte in nineteenth-century Great Britain*. Londres: Goldenhouse Publications, 2005.

⁴³ *Description de l’Égypte, ou Recueil des observations et des recherches qui ont été faites en Égypte pendant l’expédition de l’armée française*, 23 vols., Paris, 1809-18.

⁴⁴ IVERSEN, *op. cit.*, p. 124-147. Para la Piedra de Rosetta, ver el excelente texto incluido en Wikipedia (http://en.wikipedia.org/wiki/Rosetta_Stone).

⁴⁵ Ficha nº 71. Para Champollion en general: HARTLEBEN, H., *Champollion: sa vie et son oeuvre (1790-1832)*, Paris: Pygmalion, 1983.

Siria y Palestina. Sin embargo, el mérito de ser el pionero de la Asiriología en los valles del Tigris y Éufrates le corresponde de nuevo a un francés, Paul-Émile Bottá, que llegó a Mosul en 1842 en calidad de cónsul general de Francia y que, un año después, emprendió excavaciones en Kuyunjik, solar de la antigua Nínive. Pero sus principales éxitos los cosechó en la colina de Khorsabad, la antigua Dur-Sharrukin, que fue capital de Asiria bajo el reinado de Sargón II, a finales del siglo VIII a. C. Cuando Bottá abandonó Mesopotamia, en 1846, ya había tenido tiempo de despachar para París una importante colección de obras de arte asirio que fueron la base, y causaron sensación, de las nuevas salas del Mueso del Louvre⁴⁶. En 1845 el británico H. A. Layard, que se encontraba en Oriente de camino a Ceilán, coincidirá en Mosul con Bottá, quien le mostró las posibilidades de excavación de Kuyunjik. Layard pasó años excavando allí, en Nínive, en Nimrud y en otros lugares de Mesopotamia. Sus excavaciones, que alcanzaron una envergadura muy superior a las de Bottá, y que proporcionaron un material de extraordinaria calidad y variedad, terminaron por descubrir a los europeos la civilización Asiria, y constituyen hoy día buena parte de las joyas de las salas de Asiriología del British Museum. Además de ello, Layard fue un escritor prolífico y excelente difusor de las culturas que estaba revelando, y publicó una considerable cantidad de obras, muy vendidas y leídas en Europa⁴⁷.

Pero la extraordinaria aventura del redescubrimiento del antiguo Oriente en el siglo XIX está presente en nuestra sección no sólo con las obras de personajes cenitales (como Champollion o Layard), sino también con autores menos conocidos pero que también tuvieron su importancia, como el francés François Lenormant, el primero en intuir que tras determinados textos cuneiformes se escondía una lengua que no se podía identificar con la familia de las semíticas, y que posteriormente acabaría identificada como el sumerio, la más antigua lengua puesta por escrito en el Antiguo Oriente⁴⁸. O el alemán Wilhem Gesenius, cuyos trabajos sobre los textos y la lengua de los fenicios contribuyeron a despejar el camino para un conocimiento más ajustado de este pueblo y de su papel fundamental en la historia de Oriente y del Mediterráneo en la Antigüedad⁴⁹. En la segunda mitad del siglo XIX, este proceso había llegado finalmente a su madurez. En Egipto, tras la creación del Servicio de Antigüedades por Auguste Mariette en 1858, la actividad arqueológica se regulariza y se intensifica, poblándose el país de misiones permanentes y constituyéndose la base de la colección de piezas del Mueso Egipcio del Cairo, el más rico del mundo. Por otra parte, en Europa, Oriente en general -y Egipto en particular- está de moda. El arte acude a motivos orientales en busca de inspiración; la ópera *Aida*, compuesta por Verdi, fue estrenada en 1871 y se hizo enseguida inmensamente popular. La novela histórica, un género muy del gusto del Romanticismo decimonónico, se inspiró repetidamente en los tópicos del antiguo oriente, como es el caso de *Salambó* de G. Flaubert, que recrea la antigua Cartago y o del *Roman de la Momie*, de Th. Gauthier, que de nuevo nos transporta a Egipto. Incluso egiptólogos de prestigio reconocido contribuyeron a esta oleada divulgadora de la pasión por Oriente y Egipto: es el caso del mismo Mariette, que participó en el guión de *Aida*, y diseñó el vestuario y decoración para el estreno. O del egiptólogo alemán George Ebers, conocido por la edición de uno de los principales papiros médicos

⁴⁶ CERAM, C. W., *Dioses, tumbas y sabios*, Madrid: Destino, 2008. DANIEL, G., *A short history of archaeology*, London: Thames and Hudson, 1981.

⁴⁷ Ficha nº 62. LAYARD, H. A., *Niniveh and its remains*, H. W. F. Saggs ed., Londres, 1970 (con una excelente presentación de la vida y obra del personaje en p. 1-64).

⁴⁸ Ficha nº 56.

⁴⁹ Ficha nº 61.

conservados, que lleva su nombre⁵⁰; Ebers firmó una amplia producción de novelas históricas, la más famosa de las cuales *Eine ägyptische Königstochter*, fue traducida rápidamente al castellano, en una preciosa edición con grabados de Apeles Mestres y planchas coloreadas de Arturo Mélida⁵¹.

El tramo final del siglo XIX consagra en todo el mundo Occidental una situación cada vez más compleja, ante el cierre de una centuria plena de cambios, descubrimientos y revoluciones que sin embargo dejaban un panorama lleno de interrogantes. Es un momento en que los intelectuales y estudiosos se paran a tratar de comprender ese pasado inmediato, el presente complejo, y por supuesto el futuro incierto. Es la época, por poner el ejemplo de España, de la Generación del 98. En el campo de la Arqueología y de los estudios históricos, es un momento en el que se hacen esfuerzos para integrar los nuevos conocimientos en reconstrucciones totales, de amplias miras, que necesariamente debían incorporar las novedades y descubrimientos recientes, pero que pretendían ser ante todo coherentes e integradoras. No en vano se ha dicho que los finales del siglo XIX, e inicios del siglo XX, es la época de las grandes “historias generales” o “universales”, una época que asiste a la aparición de una serie de magnas obras que hoy día se consideran clásicas y en buena medida aún vigentes. Es en este ámbito donde se encuadra la *Historia de Grecia*, de George Grote (1846-1856), o la monumental *Historia de Roma* de Theodor Mommsen (1854-1856), o el aun más ambicioso proyecto de Edward Meyer, cuya *Historia de la Antigüedad* (1884-1902) tuvo un enorme impacto en la academia europea. A este esfuerzo no estarán ajenos por supuesto los Orientalistas, apoyándose asimismo en planteamientos de síntesis e integración que hacen que el Próximo Oriente Asiático, el Egipto Faraónico y el Mundo Bíblico sean abordados en conjunto en una misma obra, por un mismo autor, por encima de divisiones como las que en la actualidad separan a la Asiriología y la Egiptología, y que posiblemente estén empobreciendo de alguna forma la visión general del remoto pasado de los pueblos de Oriente. Buenos exponentes de estos esfuerzos de síntesis son dos de las obras que componen nuestra sección: en 1868 François Lenormant publicó su *Manuel d'histoire ancienne de l'Orient jusqu'aux Guerres Médiques*, obra dividida en dos volúmenes, en los que, empezando por el pueblo hebreo y la tradición Bíblica - Lenormant era ante todo un estudioso de los textos altotestamentarios -, dedica capítulos monográficos a los egipcios, los asirios, los babilonios, medos, persas y fenicios⁵². De mucha mayor trascendencia, impacto y calidad, tanto como obra de erudición como de reflexión historiográfica es la *Histoire Ancienne des Peuples de l'Orient Classique*, publicada en tres volúmenes entre 1895 y 1899, de Gaston Maspero, egiptólogo y orientalista fundamental en el tránsito de los siglos XIX y XX⁵³. Maspero dio tanta trascendencia a la elaboración de esta magna obra que se retiró de una brillante carrera y actividad como responsable máximo del *Service des Antiquités* de Egipto para poder escribirla. Aparecida casi en los albores del siglo XX, la obra de Maspero es aun hoy día de útil consulta, vigente en muchos de sus planteamientos, hipótesis y reflexiones. Y desde luego es uno de los mejores exponentes del brillante recorrido que ha experimentado la recuperación y redescubrimiento de

⁵⁰ Ficha nº 64. Para el Papiro Ebers, ver el último estudio actualizado: SCHOLL, R., *Der Papyrus Ebers. Die größte Buchrolle zur Heilkunde Ägyptens*, Leipzig: Schriften aus der Universitätsbibliothek 7, 2002.

⁵¹ EBERS, Jorge, *La Hija del rey de Egipto*, Barcelona: Biblioteca de Artes y letras, 2 tomos, 1881.

⁵² Ficha nº 56.

⁵³ Ficha nº 57. DAVID, E. *Gaston Maspero, 1846-1916: le gentleman égyptologue*, Paris: Ed. Pygmalion, 1999. <http://www.dictionarvofarthistorians.org/masperog.htm>; http://en.wikipedia.org/wiki/Gaston_Maspero.

Oriente, su recepción e integración en la reconstrucción del pasado por el hombre occidental desde el Renacimiento hasta el siglo XX.

